

1. Los antiguos canarios ante la muerte. Tradición vs. ruptura

**Verónica Alberto-Barroso^{1*}, Javier Velasco-Vázquez²,
Teresa Delgado-Darias³ & Marco A. Moreno-Benítez¹**

¹ *Tibicena. Arqueología y Patrimonio.*

² *Servicio de Patrimonio Histórico, Cabildo de Gran Canaria.*

³ *El Museo Canario.*

* *veroalberto1@gmail.com*

«La vida de los muertos consiste en hallarse presentes en el espíritu de los vivos»
(*Filipicas*, Cicerón)

Las poblaciones aborígenes canarias llegaron desde el continente africano con un bagaje cultural de raíz amazigh, en el que sin duda se incluían sus costumbres funerarias. En las últimas décadas, la intervención y estudio de sitios funerarios se ha incrementado considerablemente, proporcionando con ello una sólida base para la renovación del conocimiento de la muerte entre los antiguos canarios. En el caso específico de Gran Canaria, las prácticas funerarias son sumamente variadas como también lo son los escenarios sociales en los que se desarrollan. Sin embargo, y a pesar de esa dilatada experiencia en espacios sepulcrales y del innegable avance de las técnicas de estudio, hasta ahora no habíamos sido capaces de producir un relato coherente del fenómeno mortuario. En este caso el objetivo es

intentar aportar una secuenciación histórica de las prácticas sepulcrales de los antiguos canarios y profundizar en su capacidad explicativa en el ámbito de las transformaciones sociales. Este texto es una síntesis de algunos de los resultados del proyecto multidisciplinar que desde el 2015 estamos llevando a cabo sobre el mundo funerario y la bioarqueología de las poblaciones aborígenes de Gran Canaria.

Introducción

Con la denominación de antiguos canarios designamos a la población de la esfera cultural amazigh, también denominada bereber, que ocupó la isla de Gran Canaria hasta que fue conquistada a finales del siglo XV por la corona de Castilla. La arqueología, la lingüística y los estudios de ADN confirman esta procedencia norteafricana, de la que en la actualidad no hay ninguna duda. Otra cosa es conocer quiénes fueron aquellos primeros fundadores que se asentaron en la isla, convirtiéndola en su hogar y en el de muchas generaciones venideras. Tampoco es sencillo averiguar cuáles fueron las razones que explican este viaje sin retorno a un pedacito de tierra en medio del mar. Y más complejo aún determinar, si como apuntan algunos datos, a esta empresa colonizadora siguieron otros eventos migratorios en siglos posteriores, siempre con un origen norteafricano. En cualquier caso, el poblamiento aborigen del Archipiélago hay que entenderlo como una expresión más del devenir histórico de esa considerable amalgama de pueblos, diseminados por amplios territorios del Magreb y el Sáhara, con rasgos comunes pero también con identidades diversas en continua transformación. El tiempo histórico tampoco es fácil de fijar, sin embargo, recientes trabajos sobre modelos cronológicos sustentan que el poblamiento efectivo de la isla de Gran Canaria, por el momento, no puede retrotraerse más allá de los siglos II-III d. C. (Velasco *et al.*, 2019).

En la isla, una vez que llegan, estas personas comienzan un proceso de adaptación al nuevo territorio. Los primeros lugares que se habitan son las zonas del interior, mientras que el litoral parece haber permanecido ajeno a este proceso de ocupación o con una significación testimonial hasta un momento bastante avanzado en la secuencia de poblamiento. En un contexto insular como el de Gran Canaria, este fenómeno puede explicarse por las condiciones de partida que traen estas personas. Son grupos que, por lo que se deduce del patrón de ocupación de la isla y de las prácticas subsistenciales de las primeras etapas, en sus lugares de origen practicarían mayoritariamente una forma de vida agropastoril (Camps, 1995; Ilahiane,

2017) que en su desplazamiento trasladan a la isla y tal vez por eso no hay una ocupación inmediata del litoral.

Para garantizar el éxito de esta empresa, los antiguos canarios se acompañan de animales domésticos y semillas, sustentando su supervivencia en la explotación de la cabaña ganadera: cabras, ovejas y cerdos y en el cultivo de algunos cereales como la cebada y el trigo, leguminosas como lentejas y arvejas y la higuera (Morales, 2019). Asimismo, incorporan diversos productos que les proporciona la naturaleza insular a través de la recolección vegetal y la explotación del medio marino. No obstante, las estrategias productivas variaron a lo largo del tiempo, evidenciando distintas maneras de organizarse. En Gran Canaria, los datos arqueológicos sugieren que en un primer momento tienen mayor peso aquellas fórmulas de base pastoralista que con el tiempo pierden relevancia en favor de un sistema netamente agrícola, aunque la ganadería permanece vigente como un componente vital desde el punto de vista socioeconómico en toda la secuencia de poblamiento aborigen. Esta evolución de los modelos productivos no es más que el reflejo de los enormes cambios que operan en todos los niveles que rigen la organización de estos grupos durante al menos 1300 años.

Y sin duda, uno de los aspectos donde se puede rastrear el transcurso de estos acontecimientos de forma más clara es en el mundo de la muerte. Al contrario que para los lugares de habitación, de los que prácticamente solo existe información contrastada para fases muy avanzadas, los enclaves sepulcrales ofrecen la posibilidad de analizar toda la secuencia de principio a fin. Por esta razón la arqueología de las prácticas funerarias de momento es la única que permite un relato coherente, no solo de las tradiciones mortuorias, sino de las propias pautas de organización y de los eventos y procesos de cambio social que marcan el devenir histórico de esas poblaciones.

Las prácticas sepulcrales en Gran Canaria.

Consideraciones de partida

En líneas generales, la destacada atención que han recibido los muertos y sus cementerios tiene que ver con el temprano desarrollo de la disciplina bioantropológica en Canarias, ya desde finales del siglo XIX, con la participación de estudiosos locales y foráneos llegados de los principales centros de investigación europeos (Estévez, 1987). Desde entonces, los restos óseos humanos y sus tumbas han sido un foco prioritario de actuación en la arqueología del archipiélago, con Tenerife y Gran Canaria como los escenarios más activos en este sentido. No obstante, a pesar de toda esta dilatada experiencia investigadora y la gran cantidad de yacimientos conocidos, las prácticas sepulcrales de los antiguos canarios

por lo general han sido tratadas como un fenómeno ahistórico, sin tiempo y sin su correspondiente encuadre social.

Los yacimientos funerarios de Gran Canaria son muy variados. Como en el resto del archipiélago, los antiguos canarios se enterraban en cuevas naturales, pero también en cementerios al aire libre, y dentro de estos últimos con una gran diversidad de formatos sepulcrales. Esta situación de variabilidad terminó generando un panorama impreciso, en el que sublimamos las semejanzas, mientras minimizábamos las diferencias. Por todo ello, uno de los objetivos prioritarios entre los proyectos que se vienen desarrollando sobre el mundo de la muerte es intentar situar históricamente las expresiones mortuorias.

Con el propósito de superar este desorden, recientemente se ha abordado el análisis del aspecto diacrónico de la práctica funeraria, intentando a la vez su explicación en el marco de los procesos históricos en los que se insertan (Alberto *et al.*, 2019a). Para ello se han evaluado 104 dataciones tratadas con estadística bayesiana, provenientes de 25 enclaves funerarios repartidos por toda la isla. Asimismo, se ha usado la técnica del tempo plot (Dye, 2016) para cuantificar el tiempo de inicio y cese de las expresiones mortuorias, así como la ratio de cambio que en cada caso muestran. Los resultados de este trabajo han permitido acceder de forma secuenciada al modo en el que los antiguos canarios organizaron sus prácticas funerarias, en un encuadre cronológico que abarca desde los ss. III-IV d. C. hasta finales del XV d. C.

Según se aprecia en la gráfica (Fig. 1), se observa un proceso en que cuevas funerarias y cementerios al aire libre se secuencian con significativos momentos de inflexión y cambios trascendentales en las tradiciones mortuorias. Obviamente, a medida que se vayan incorporando nuevas dataciones podría suceder que la propuesta tenga que ser ajustada, si bien por el momento se presenta como un modelo robusto desde el punto de vista estadístico y con capacidad explicativa de todos los casos.

Ordenación del fenómeno sepulcral

Por ahora, las fechas más antiguas bien contrastadas para el inicio del asentamiento humano en la isla proceden precisamente de los contextos funerarios. Como se ha indicado, la calibración de las dataciones disponibles no permite remontarse más allá de los siglos III-IV, si bien el modelo estadístico global lleva este extremo a los siglos II-III d. C.

Atendiendo a las tipologías sepulcrales se distingue claramente entre el uso de las cuevas funerarias y los cementerios al aire libre. Y aunque este es un hecho que ya quedaba patente por la especificidad del receptáculo mortuario, ahora esta distinción se ordena en base al tiempo y al territorio, otorgándole un sentido histórico más allá de la naturaleza de la unidad de

Siguiendo un criterio temporal, las primeras poblaciones que se asientan en la isla recurren a las cuevas como vivienda, pero también como cementerios (Fig. 2). Se constata asimismo que los emplazamientos elegidos para establecerse se localizan en zonas altas y de medianías. Las fechas más antiguas se sitúan en La Fortaleza de San Lucía, en el barranco de Guayadeque, en La Angostura en Santa Brígida, así como en el Andén de Tabacalate y Acusa en la cumbre de la isla. Los antiguos canarios usaron esta fórmula funeraria en exclusividad por unos 400 años hasta que, ya avanzado el proceso de poblamiento, entre los ss. VII-VIII d. C. surge un nuevo modelo de enterramiento: los grandes cementerios de túmulos. En ese momento, la función funeraria en cuevas decrece, en directa relación con el auge de los túmulos, pero no se abandona. De hecho, en esos emplazamientos fundacionales del interior de la isla, donde la población se asentó desde el principio, la costumbre de enterrar en cuevas permanece sin modificación, de forma paralela al funcionamiento de los grandes cementerios tumulares.



Fig. 2. Necrópolis de cueva naturales en el barranco de Guayadeque (Agüimes).

En el caso de las extensas necrópolis de túmulos su distribución espacial está muy restringida. Estos se ubican en grandes campos de lava o en pedregales de derrubio de ladera. Los casos conocidos corresponden a las necrópolis de El Maipés de Arriba y las Nieves, ambos en Agaete, la de

Arteara en San Bartolomé de Tirajana, las de las coladas del campo de volcanes de Jinámar, y la de La Isleta en Las Palmas de Gran Canaria. De estas solo permanecen, y con un nivel de deterioro considerable, el Maipés de Arriba, Arteara y la Montaña del Gallego, en Jinámar (Fig. 3).



Fig. 3. Vista de la necrópolis tumular del Maipés de Arriba (Agaete), años 40. Archivo El Museo Canario.

En general, los túmulos son tumbas hechas con las mismas rocas del lugar, conformadas por un receptáculo mortuario, en la mayoría de los casos una cista -cajón hecho de piedras- aunque a veces puede ser también una cámara de tendencia abovedada, donde se introduce el cuerpo del fallecido. Cubriendo el receptáculo del cadáver se dispone una construcción, el túmulo propiamente dicho, que por lo general adopta una morfología troncocónica más o menos regular (Fig 4).

En estas construcciones predominan las plantas de tendencia circular y oval, mientras que la altura varía notablemente de unos túmulos a otros, aunque podría considerarse un intervalo general entre 0,75-2,00 m de alto. En un número limitado de casos en el Maipés de Agaete, siempre los de mayores dimensiones, tenían un segundo cuerpo de piedra superpuesto (Fig. 5). A veces, ya en la parte superior o formando parte de la construcción se colocan piedras que destacan por su color diferente, rojizo o gris claro, que no corresponden a la geología del lugar. En general, los túmulos exhiben una gran variabilidad en cuanto a formas y tamaños, si bien pueden ordenarse en una tipología básica de tres grupos (Fig. 6).



Fig. 4. Túmulos de la necrópolis de Arteara (San Bartolomé de Tirajana).



Fig. 5. Vista túmulo con doble cuerpo del Maipés de Arriba, Agaete. Restitución actual.

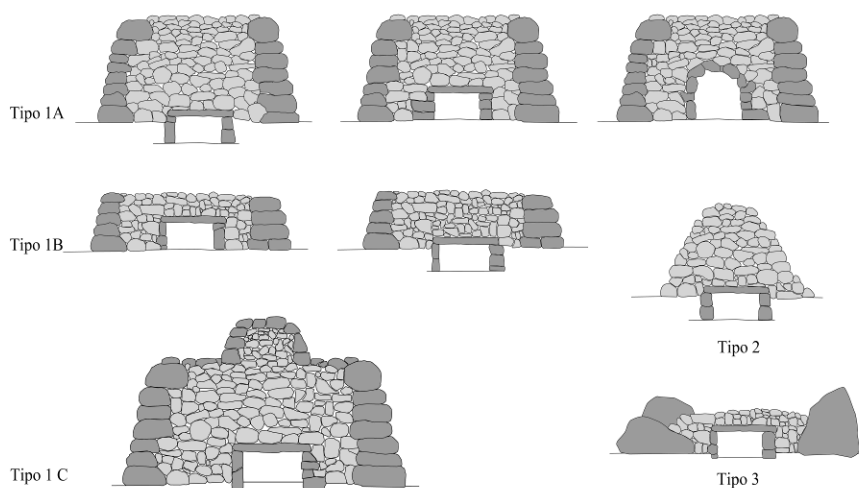


Fig. 6. Tipología de las construcciones tumulares. El tipo 1 se refiere a las construcciones mas elaboradas de forma troncocónica, con sus diferentes variantes según las dimensiones y complejidad constructiva. El tipo 2 corresponde a amontonamientos simples. El tipo 3 representa las construcciones que aprovechan grandes rocas naturales del terreno entre las que se van acomodando otras menores hasta conformar una cista central. Representación esquemática sin escala.

Este nuevo procedimiento sepulcral parece tener un arranque relativamente repentino en torno al siglo VIII d. C. y permanece activo entre 300 y 400 años, hasta el s. XI d. C., cuando parece que cesa o, al menos, disminuye de forma muy acusada en la frecuencia de uso. Por otra parte, los antiguos canarios siguen enterrando en cuevas, aunque su uso decrece y así continuarán hasta el s. XIV. Sin embargo, coincidiendo con la pérdida de protagonismo de los grandes cementerios tumulares, poco a poco empieza a extenderse una nueva tipología de tumbas, dando lugar a los cementerios de cistas y fosas que prácticamente funcionan en exclusividad hasta que la isla es conquistada.

Ya se ha indicado que una cista es un cajón de piedra establecido en el subsuelo donde se introduce el cadáver y se cierra con lajas o tapas de madera, sin dar lugar a un enterramiento propiamente dicho porque el cuerpo no se cubre con tierra (Fig. 7). Al exterior, estas cistas se rematan con una alineación de piedras perimetral en cuyo interior se acomoda un montículo de tierra que finalmente se cubre de piedras. El resultado es una especie de plataforma empedrada, por lo común poco elevada del suelo (Fig. 8).



Fig. 7. Cista abierta con los restos esqueléticos en su interior (Lomo Caserones, La Aldea).

Por su parte, las fosas son agujeros en el suelo de tierra donde se introduce el cuerpo para cubrirlo con esa misma tierra extraída en el

proceso de apertura. En superficie, aunque pocos ejemplos han llegado hasta la actualidad, estas fosas estaban acondicionadas con círculos de piedra, montículos de tierra y superficies empedradas (Fig. 9).



Fig. 8. Vista exterior de una cista (Necrópolis del Tenefé, Santa Lucía).

Como en el caso de los túmulos, cistas y fosas muestran una gran diversidad de formatos que pueden responder a factores bien diversos, como por ejemplo la posición social de la persona fallecida. Estos cementerios, además de las tumbas en sentido estricto, pueden incluir importantes construcciones de adecuación y organización del espacio sepulcral, cuyo ejemplo más sobresaliente es sin duda la necrópolis de La Guancha, en Gáldar (Fig. 10).

Por lo que se refiere a su distribución espacial, las mayores concentraciones se encuentran en áreas densamente pobladas de las grandes vegas agrícolas, por lo general hasta los 250 m s.n.m., y la franja costera, aunque también pueden encontrarse en pequeñas concentraciones o de manera aislada en otras localidades. Esta modalidad, surge de forma tímida entre los s. XI-XII d. C. para alcanzar su máximo apogeo en las centurias siguientes, ss. XIII-XV d. C.

El siglo XV, hasta el episodio de conquista castellana en 1483, es un periodo en el que aparentemente no se registran enterramientos en cueva y tampoco se conocen enterramientos tumulares que por lo que sabemos habían disminuido, si no cesado, antes del 1100 d. C. Así que la forma de enterrarse en los últimos años ya solo se lleva a cabo en cistas y fosas.



Fig. 9. Enterramiento en fosa (Agaete).



Fig. 10. Construcción funeraria compleja que albergaba numerosas cistas y fosas (Necrópolis de La Guancha, Gáldar).

Caracterización de los cementerios

A la luz de las especificidades cronológicas y territoriales que hemos registrado para los distintos tipos de cementerios, cabe considerar un escenario tremendamente dinámico en el que acontecen cambios fundamentales en el plano de las tradiciones funerarias a lo largo de más de un milenio de existencia.

Para profundizar en esta cuestión se han analizado algunos de los rasgos esenciales que definen la práctica mortuoria en cada una de las categorías establecidas. Los criterios utilizados se basan en una serie de atributos que de forma conjunta permiten analizar la gestión de la muerte según diferentes respuestas sociales. Con este propósito se han comparado las siguientes propiedades: relación con los lugares de habitación, la representación poblacional, datos asociados al tratamiento del cadáver, naturaleza del depósito, colocación del cadáver en la tumba y la presencia/ausencia de elementos referidos a las creencias funerarias o actividades rituales.

Cuevas funerarias

Como se ha indicado, es la fórmula que más tiempo está en uso, desde el principio hasta, al menos, el siglo XIV d. C. Este tipo de enterramiento

manifiesta unas características bastante homogéneas en toda la secuencia, si bien hay que tener en cuenta ciertos matices que se derivan del momento y carácter de las comunidades que los generan. De este modo, las grandes necrópolis en cuevas vinculadas con los asentamientos fundacionales de mayor antigüedad se mantienen más o menos constantes en el tiempo, mientras que, en periodos avanzados, cuando cambian los patrones de asentamientos y surgen nuevos tipos de cementerios, también se constata el uso de oquedades más pequeñas y con menos individuos.

Como rasgos generales, los cementerios en cuevas se caracterizan por una estrecha vinculación con los lugares de habitación. En ellas se entierran todos los miembros de la comunidad, sin una discriminación evidente por cuestiones de sexo o edad, empleándose durante generaciones. En este modelo, las cuevas se agrupan conformando auténticos cementerios que acogen un volumen muy elevado de cuerpos en las que los nexos de parentesco bien pudieron tener un papel importante en su conformación (Fig. 11). En la función funeraria las cavidades se usan sin apenas modificaciones, aunque en ocasiones se acondicionan mediante la preparación de los suelos, muros divisorios compartimentando el espacio y especialmente con el establecimiento de muros de piedra en los accesos para delimitar y quizá proteger el espacio sepulcral.



Fig. 11. Ejemplo de cueva funeraria colectiva de Guayadeque (Agüimes).

El tratamiento del cadáver está estandarizado y consiste en el amortajamiento del cuerpo para crear un paquete o fardo funerario, a partir de su envoltura en pieles de animales o esteras de fibra vegetal -o mediante la combinación de ambas- (Alberto & Velasco, 2009; Delgado *et al.*, 2017). Este es un tratamiento general que se aplica a toda la población con independencia de su sexo o edad (Fig. 12). En la cueva, los cuerpos enfardados se disponen en decúbito supino extendido, adaptándose a la morfología y espacio útil de receptáculo mortuario. Aquí habría que incluir la posibilidad de que algunos de los cuerpos amortajados se acomodaran de pie, apoyados contra la pared, tal y como se describe en algunos textos etnohistóricos (Abreu, 1977).



Fig. 12. Ejemplo fardo funerario confeccionado en piel. Momia 11 colección de El Museo Canario.

Por lo que respecta a la presencia de ajuares u ofrendas funerarias son muy escasas y en muchos casos es difícil distinguir si se trata de elementos con una vocación ritual o si, por el contrario, responden a cuestiones más prácticas relacionadas con la conducción del entierro. En general, las noticias disponibles sobre este tipo de materiales en las cuevas funerarias son muy antiguas y confusas por lo que es complicado determinar con exactitud qué objetos podrían incluirse en estas categorías de ajuar u ofrenda. En las colecciones de los museos insulares, los materiales procedentes de cuevas de enterramiento incluyen recipientes o fragmentos cerámicos, instrumentos realizados en piedra, algún pedazo de molino, objetos de hueso como punzones, si bien en una proporción bastante baja. En cualquier caso, habría que valorar si esta limitación de piezas se debe a una cuestión intrínseca a las creencias de los antiguos canarios o si es consecuencia del secular expolio sobre este tipo de yacimientos.

Por otro lado, en los últimos años se ha confirmado la presencia de restos de animales que podrían entenderse como ofrendas a los difuntos o bien como parte de una práctica propiciatoria para favorecer el cambio de estado que representa la muerte. Estos depósitos consisten en la inclusión de animales -cabras y ovejas- de muy corta edad o incluso nonatos, bien enteros o en porciones, resultando una práctica con una larga vigencia que igualmente se documenta en los lugares de habitación. También, de forma testimonial, se ha detectado la introducción de piezas dentales de perros dentro del fardo funerario de algunas mujeres que han sido interpretadas como amuletos o elementos mágicos vinculados con la fertilidad y la reproducción (Alberto *et al.*, 2018).

Grandes cementerios tumulares en zonas de malpaís

Es la segunda fórmula funeraria que aparece en la isla entre los ss. VII-VIII d. C., varias centurias después de la llegada de los primeros pobladores. Constituirán los primeros cementerios al aire libre y, al contrario que las cuevas, tienen una distribución netamente restringida a coladas volcánicas como sucede en los ejemplos de Agaete o La Isleta, conos volcánicos como el de la Montaña del Gallego y canchales en la base de la ladera como pasa en el de Arteara. Son terrenos ásperos que en el habla canaria se conocen como malpaís o "maipés". Su especial geología resalta en el territorio circundante, destacando el lugar de los muertos. Estos cementerios son los de mayores dimensiones en la isla y acogen un elevado volumen de tumbas (Fig. 13).

En este caso no se distingue una relación de proximidad directa entre el espacio de habitación y el funerario. El hecho de las considerables dimensiones y la falta de grandes asentamientos en las inmediaciones con la misma cronología, hacen pensar en lugares de agregación, compartidos por personas de diferentes comunidades próximas.



Fig. 13. Vista necrópolis Maipés de Arriba (Agaete).

La representación poblacional también es diversa, como cabe esperar en cementerios estables donde se entierra mucha gente. No obstante, hasta el momento no se han detectado enterramientos de infantiles recién nacidos, lo que significa un sesgo importante dada la elevada tasa de mortalidad en el primer año de vida propia de las poblaciones preindustriales (Velasco, 2009; Alberto *et al.*, 2019b).

Por lo que respecta al tratamiento funerario, aunque la preservación de la materia orgánica es muy deficiente, los cuerpos eran preparados de la misma manera con que se opera en las cuevas funerarias. Esto es, amortajados en fardos de piel de animal y tejidos vegetales hasta crear un paquete compacto con el cadáver fuertemente constreñido al interior (Alberto *et al.*, 2013-14).

Una de las principales diferencias con respecto al mundo de las cuevas es el carácter individual de cada túmulo, aunque en el Maipés de Agaete se conocen dos casos de enterramientos dobles (Arqueocanaria, 2009) que de cualquier modo hay que entender como un hecho excepcional. En los cementerios tumulares los cuerpos no comparten de manera uniforme el espacio. Cada persona tiene su propio sepulcro, con sus propias características, en un lugar concreto del cementerio y guardando una relación premeditada con otros cercanos. Esa situación representa un claro exponente de la construcción de la identidad individual y colectiva en un contexto de memoria donde se visibiliza categóricamente esa identidad. No obstante, el procesado del cadáver se mantiene igual, enfardado, y se sigue

acomodando de la misma manera que en las cuevas en posición extendida, boca arriba -decúbito supino-. Por último, en los túmulos no se ha registrado la presencia de objetos o elementos que puedan adscribirse a la categoría de ajuar u ofrenda.

Cementerios de cistas y fosas

Representan una categoría diferenciada en las tradiciones funerarias. Tras la pérdida de protagonismo de los cementerios tumulares, paulatinamente se va incorporando esta nueva fórmula sepulcral desde el XI d. C., ocupando la última etapa de existencia de los antiguos canarios. Hay que indicar que estos nuevos tipos sepulcrales, a pesar de que por su estructura podrían considerarse una construcción tumular, no solo se diferencian de los anteriores por sus características arquitectónicas, sino en especial por su cronología, distribución territorial y vinculación con los lugares de residencia.

Su dimensión territorial, aunque están presentes en toda la isla (Fig. 14), está ligada al crecimiento de los poblados costeros y de las vegas agrícolas en la desembocadura de los principales barrancos. La tónica general es la de una estrecha relación de proximidad entre habitación y ámbito funerario. En el carácter de los enterramientos sigue primando la consideración individual, si bien en menor medida hay cistas colectivas que acogen a varios individuos (Jiménez, 1946; Alberto & Velasco, 2007).



Fig. 14. Cista aislada en la Mesa de Soria, San Bartolomé de Tirajana.

Con respecto al perfil demográfico, sucede lo mismo que con los cementerios tumulares, con una subrepresentación notable del grupo de población infantil y, en especial, de los de más corta edad, los recién nacidos. Además, se mantiene el tratamiento del cadáver que se reproduce de la misma manera: cuerpos fuertemente atados y enfardados creando un paquete funerario compacto, así como la disposición extendida boca arriba. A ello se une, como en el caso del enterramiento tumular, que los materiales vinculados con posibles ajuares u ofrendas también están ausentes. No obstante, en ocasiones, en el exterior de las tumbas se reconocen depósitos que parecen tener una importante carga simbólica y sugieren la posibilidad de algún tipo de acto ritual. En términos generales estos depósitos se refieren a concentraciones de conchas marinas -lapas y burgados- a veces asociadas al encendido de fuegos. Por otro lado, algunas alusiones antiguas, poco precisas, se refieren a la presencia de recipientes cerámicos en el interior de este tipo de tumbas (Jiménez, 1941).

Tabla 1. Cuadro-resumen de los criterios para la caracterización de las tipologías cementeriales.

	Cuevas	Túmulos	Cistas y fosas
Relación con lugares de residencia	Vinculación directa. Carácter local	Vinculación difusa. Carácter supralocal	Vinculación directa. Carácter local. Casos aislados
Representación demográfica	Todos los miembros de la comunidad	Ausencia de recién nacidos	Ausencia de recién nacidos
Tratamiento funerario	Amortajamiento: Fardo	Amortajamiento: Fardo	Amortajamiento: Fardo
Carácter del depósito	Colectivo	Individual o de forma anecdótica doble	Individual y de forma ocasional colectivo
Colocación del cadáver	Decúbito supino extendido	Decúbito supino extendido	Decúbito supino extendido
Elementos de ajuar/ofrenda	Escasos	Ausentes	Ausente en interior tumba o puede que ocasionales. Esporádicos al exterior

Tiempos sociales ¿Tradición o ruptura?

Las cuevas son los soportes sepulcrales de mayor antigüedad fechados desde el siglo III d. C. y los de mayor duración, prolongándose hasta el s. XIV d. C. Es curioso que, por ahora, para el siglo XV, antes de 1483, no haya cuevas registradas, quizá como consecuencia de la total consolidación del enterramiento en cistas y fosas. Sin embargo, las evidencias indican que tras esa interrupción del siglo XV, a partir de la conquista castellana, los descendientes de los antiguos canarios volvieron ocasionalmente a la antigua costumbre de enterrar en cueva (Ronquillo & Viña, 2008; Santana *et al.*, 2016). Por supuesto, a partir de entonces como una práctica proscrita que debía ser encubierta en la nueva sociedad colonial.

Las cuevas funerarias se extienden por todo el territorio insular, aunque los focos más importantes están ligados a los poblados fundacionales, es decir los primeros núcleos de habitación que se establecen en la isla y que por lo que sabemos concentrarían una parte significativa de la población. A pesar de la falta de datos en este sentido, cabe suponer que su elección como espacios sepulcrales corresponde a una tradición que los primeros pobladores traían consigo, aunque no se debe minimizar la posible influencia del forzoso proceso de adaptación a un territorio por dominar. Al margen de esta cuestión de difícil solución por el momento, el enterramiento colectivo en cueva parece sugerir una preponderancia del comportamiento grupal en las decisiones de vida. La comunidad articula un sistema donde todos sus miembros parecen estar afectados de una manera bastante uniforme, al menos así se traduce en el mundo de la muerte donde no se patentizan excesivas diferencias entre las personas que comparten el mismo espacio. Eso no quiere decir que se trate de formas de organización totalmente igualitarias, pero puede asumirse una cierta homogeneidad en la consideración de las personas. La distinción social, materializada en el empleo de ciertos elementos particulares en la práctica funeraria, se reconoce y se negocia en el marco de identidades relacionales (Hernando, 2012) en las que prevalece el sentido de comunidad.

Esta situación se relaciona con las formas de vida con que arriban a la isla, en las que parece primar una organización de corte pastoralista, con independencia de que sus bases productivas se sustenten tanto en la explotación ganadera como en ciertos productos cultivados, además del apoyo de los recursos recolectados. En cualquier caso y a pesar de la escasez de trabajos de investigación para esta etapa inicial, la ubicación y carácter de los asentamientos en esos primeros siglos de ocupación son claramente indicativos de ese perfil pastoralista (Moreno & González, 2013-14).

Con el paso del tiempo, esta dinámica parece entrar en conflicto con una realidad donde el peso de la agricultura como soporte del sistema

económico y, sobre todo, como fundamento de su sistema organizativo se va imponiendo. El desequilibrio que se produce entre estas dos formas de organización significa el punto de arranque de un proceso renovador que con el tiempo modificará por completo las bases fundamentales de esta sociedad. Este fenómeno, a partir de los datos disponibles, parece que empieza a revelarse de forma clara justo en los momentos previos al surgimiento de los grandes cementerios tumulares en los ss. VI-VII d. C. Se asiste a una etapa de transformaciones, incluso con algunos episodios convulsos identificados por ejemplo en el aumento de los enfrentamientos. Así, a diferencia del patrón general de violencia que se reconoce entre los antiguos canarios (Delgado *et al.*, 2018; Velasco *et al.*, 2018), en esta etapa crece de forma considerable la violencia letal, fundamentalmente entre hombres (Delgado, 2019).

Es un tiempo de diversificación y crecimiento en la ocupación y explotación del territorio (Moreno & González, 2013-14; Velasco, 2014), así como de consolidación y expansión de los asentamientos que fueron fundados en los primeros momentos del poblamiento. Así se deriva de los escenarios funerarios de estos enclaves, pues desafortunadamente la información disponible para conocer cómo se materializan estos cambios en los lugares de habitación es muy limitada. En esa época también empiezan a definirse con mayor contundencia en los poblados ciertos lugares especializados relacionados con la producción agrícola, tal es el caso de las zonas de almacenamiento o graneros (Moreno, 2020). Esta coyuntura se relaciona con un proceso de crecimiento demográfico, lo que pudo resultar en el incremento de tensiones sociales y territoriales, propiciando nuevas estrategias de control y explotación del territorio. Estrategias entre las que se incluye la fundación de los cementerios tumulares, cuya relevancia en el paisaje emite un claro mensaje en el sentido de dominio y apropiación territorial.

En estas necrópolis se instituye una nueva arquitectura de la muerte en la que es fácil reconocer los diferentes roles sociales, primando el tratamiento individual sobre el colectivo, en un comportamiento que hasta entonces no se había registrado en Gran Canaria, o al menos no con esa contundencia. En definitiva, se observa una trayectoria en la que el poblamiento aborigen de Gran Canaria se va tornando hacia posiciones cada vez más asimétricas.

Esta situación podría responder sin problemas a un proceso de evolución endógeno, determinado por un notable incremento poblacional en un territorio insular de recursos limitados. ¿Pero es este proceso suficiente para explicar algunas de las novedades que se incorporan en esta fase del poblamiento, como ocurre con el enterramiento tumular? Según se desprende de la gráfica de *tempo plot* el surgimiento de los túmulos parece corresponder a una rápida sucesión de eventos en un corto período de

tiempo (Fig. 15). En este sentido, habría que considerar la posibilidad de que el proceso de transformación -desde una sociedad con mayor peso de lo comunal y relativamente simétrica hacia una de corte desigual- pudo verse alterado por la influencia de ciertos acontecimientos que aceleraran y decantaran la situación de desequilibrio hacia esa incipiente situación de concentración del poder y jerarquización social.

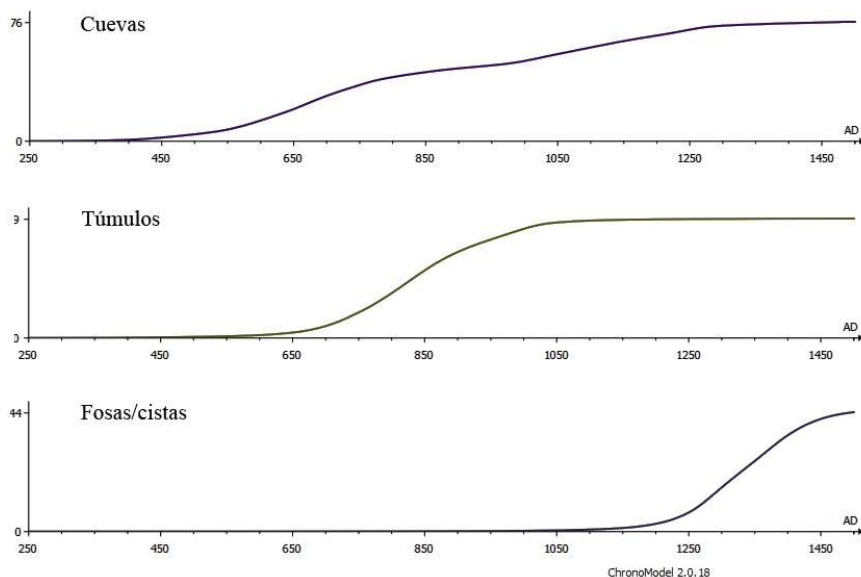


Fig. 15. Gráfica *tempo plot*. *Chronomodel 2.0*

Desde un punto de vista cronocultural, el surgimiento de los cementerios tumulares en Gran Canaria representa un profundo cambio conceptual. Hay que tener cuenta que los primeros pobladores de la isla en sus lugares de origen conocerían esta fórmula mortuoria pero no es hasta siglos después de su asentamiento que la añaden a su ideario. Las incorporaciones culturales, en este caso relativas a la práctica funeraria, son tan radicalmente diferentes de las manifestaciones previas y repentinas en cuanto al tiempo de surgimiento que es razonable relacionarlas con un evento en cierta medida ajeno al contexto precedente. En este panorama cabe plantearse una coyuntura de llegada de gentes y, con ellas, diferentes ideas/conocimientos, así como formas de relacionarse. La posibilidad de

que alguna de las islas del archipiélago, entre ellas Gran Canaria, hubiera recibido población en distintos momentos de su trayectoria histórica está siendo objeto de atención en los últimos años. Al respecto los estudios de ADN antiguo han revelado una mayor variabilidad genética en Gran Canaria, Lanzarote y Fuerteventura, así como, la existencia de asimetrías en la distribución de algunos de los haplogrupos de ADN mitocondrial que solo se han registrado en las islas orientales (Fregel *et al.*, 2019). Estos resultados han sido puestos en relación con un potencial fenómeno migratorio hacia las islas que, sin duda, podría sustentar los planteamientos propuestos, aunque por el momento no hay una fecha precisa para situar este aporte poblacional.

Por otra parte, tampoco es sencillo explicar porqué este tipo de cementerios presenta esa concreta vigencia temporal, con un final que parece bastante repentino o al menos con una disminución importante de su actividad en torno al siglo XI d. C. Su declive, como se ha indicado, potencia el enterramiento en cueva, pero a su vez, coincide con la formulación de una nueva tipología de cementerios al aire libre: los cementerios de cistas y fosas.

Estos cementerios surgen paulatinamente a partir del s. XI d. C., alcanzando su máximo apogeo en el periodo que va del s. XIII d. C. hasta el episodio de conquista. Como en el caso previo de los cementerios tumulares, esta nueva tipología representa un cambio de enorme calado, con implicaciones no solo en el tipo de soporte funerario, sino también en la localización y dimensiones de los cementerios, etc., que igualmente se expresa a mayor escala en el ordenamiento socio-político y económico propio de esta etapa.

La nueva expresión funeraria vuelve a plantear el reto de buscar qué razones explican este escenario. Las evidencias arqueológicas respaldan que a partir del siglo XI d. C. la situación precedente de ruptura y desequilibrio a favor de una organización de corte agrícola ya está plenamente consolidada (Morales *et al.*, 2019). Esto significa la recuperación en el equilibrio de fuerzas, pero con unas condiciones completamente diferentes a las de partida. Así, a un periodo de tensión y contradicción, le sucede la consolidación de un nuevo contexto socio-político, ideológico, económico, etc., pero sin llegar a eliminar del todo lo anterior.

La información disponible para este periodo, que además es la mejor representada en la investigación, pone de manifiesto un aumento poblacional significativo -sobre todo a partir del siglo XIII- y la ocupación intensiva de territorios que hasta ese periodo habían quedado un poco al margen de los principales núcleos de población. Esta situación tiene que ver con la consolidación del modelo productivo basado en la agricultura, en el que además se incrementa notablemente la explotación del medio marino. Por eso surgen o se consolidan numerosos poblados de casas de piedra en

las fértiles vegas de la desembocadura de los grandes barrancos y en las áreas costeras.

En este caso cabe plantear que este escenario representa la afirmación de un proceso iniciado tiempo atrás, cuando comienza a manifestarse un modelo asimétrico sustentado en la agricultura. No obstante, en este caso tampoco se puede descartar la posibilidad de influencias externas que favorecieran este proceso. En este sentido, más allá de una posible aportación de origen norteafricano en relación con el escenario del siglo XI, también habría que considerar el impacto cultural debido al contacto con grupos europeos ya de forma más tardía, al final de esta etapa, en los siglos XIV y XV d. C. (Del Pino, 2017; Rodríguez *et al.*, 2011-12), aunque desconocemos cómo pudo influir en el ámbito de las prácticas funerarias.

Reflexiones finales

Desde el punto de vista histórico, el poblamiento aborigen del Archipiélago Canario constituye la expresión insular de los sucesos que se dan en el primer milenio de la Era en los territorios del Magreb y el Sáhara. Así, las realidades que afectan al mosaico de agrupaciones étnicas que allí se desarrollan condicionan y tienen su reflejo en el escenario insular.

El espacio continental presenta realidades históricas muy complejas, trascendentales para intentar explicar cómo dichos acontecimientos podrían influir en el archipiélago. En este sentido, hay procesos claves que por sus profundas implicaciones para las poblaciones locales debemos considerar, aunque no sepamos de qué manera o en qué medida pudieron afectar a la historia de las islas. Varios autores han señalado la correspondencia cronológica entre el poblamiento permanente del Archipiélago y la romanización del norte de África (Tejera, 2018). Es oportuno pensar que los importantes sucesos que se están produciendo en esa región puedan estar relacionados de una forma directa o indirecta con el asentamiento humano en las islas. Igualmente, con el paso del tiempo otros eventos tienen una gran repercusión en el continente y deben ser tenidos en cuenta en nuestros planteamientos. Por ejemplo, en el s. VII d. C. las primeras expediciones de las tropas islámicas por el Magreb, los actos de adhesión y los de resistencia por parte de los diferentes grupos locales y el progresivo avance del proceso de islamización, que para muchos territorios de raigambre amazigh no se culmina hasta momentos muy tardíos. La difusión y ascenso del imperio almorávide a partir del siglo XI d. C., constituidos por grupos bereberes radicalizados del Sáhara occidental que consolidan un imperio centrado en Marruecos o la posterior rebelión y expansión de los almohades entre los siglos XII-XIII d. C. Sin duda, todos estos eventos tuvieron importantes consecuencias en las poblaciones locales, transformando sus vidas y quizá de alguna manera repercutieron en el territorio canario.

En el caso de Gran Canaria, el poblamiento de la primera fase comparte una serie de rasgos equiparables con los del resto de las islas, inherentes al sistema agropastoralista que gira en torno al concepto de comunidad relativamente uniforme. El mundo de las cuevas, el tratamiento funerario, el sistema de creencias, etc., sugiere una afinidad cultural que con el paso del tiempo se modifica de forma sustancial en Gran Canaria. Según los datos disponibles esta etapa abarca aproximadamente desde el s. II-III d. C. hasta el s. VII-VIII cuando se asiste a las primeras evidencias de un panorama diferenciado.

Esta primera fase parece desembocar en un momento de desequilibrio y tensión social que culmina en uno de los primeros episodios de inflexión en el desarrollo histórico de esta población, al menos que hayamos sido capaces de leer en el registro arqueológico. Esa situación se reconoce de forma rotunda en el surgimiento de los grandes cementerios tumulares de malpaís. ¿Cómo se pasa de enterrar de forma colectiva en las cuevas de los poblados, siguiendo un procedimiento relativamente uniformador, donde la muerte no es perceptible desde el exterior, a enterrar en túmulos individuales que expresan la desigualdad, en cementerios que visibilizan el lugar que ocupan los muertos?

La explicación para este fenómeno no es sencilla, pero sugiere un cambio profundo que apunta a los primeros estadios de un sistema asimétrico en el que cambian las claves de las relaciones interpersonales y las formas de vida. A tenor de los datos disponibles está dinámica puede explicarse como una respuesta social interna en el desarrollo de estas comunidades. Pero asimismo cabe considerar que la implantación de ciertas novedades, como por ejemplo los túmulos, pudiera estar condicionada por la llegada de nuevas personas, obviamente del ámbito amazigh que en el continente usa esta clase de tumbas.

El proceso renovador que se vislumbra en la etapa previa al surgimiento de los túmulos, siglos VI-VII d. C., con el tiempo modificará por completo las bases fundamentales de esta sociedad, expresadas, entre otros aspectos, en una notable intensificación de la producción agraria y explotación de los recursos marinos, junto con el papel primordial de la ganadería, patrones de localización de la población concentrada en múltiples poblados de casas, nuevas tipologías funerarias, órganos e instituciones políticas graduadas en una estructura de carácter territorial, etc. Esta situación cuyo inicio se sitúa a parir del siglo XI d. C. representa otro momento de inflexión trascendental en la vida de los antiguos canarios. El origen de estas innovaciones entronca con los acontecimientos previos que surgen a partir de la segunda mitad del primer milenio, aunque igualmente es posible la aportación de fuerzas exógenas capaces de mediatizar el desarrollo de los acontecimientos.

En definitiva, el fenómeno mortuorio requiere nuevas investigaciones que permitan una caracterización cada vez más precisa y su contextualización en el desarrollo de estas poblaciones desde que llegan a la isla hasta que son incorporados al reino de Castilla. En cualquier caso, su análisis es clave para identificar cambios en los patrones de vida ya sea como respuesta a un proceso local o determinados por agentes externos.

AGRADECIMIENTOS. Este trabajo se inserta en el Proyecto «Cuerpos, objetos y espacios. Muertes convergentes, muertes divergentes» (2018PATRI05) financiado con fondos para investigación de la Fundación CajaCanarias y la Fundación Bancaria La Caixa.

Bibliografía

- ABREU GALINDO, J. (1977): *Historia de la conquista de las siete islas de Canaria*. Goya Ediciones. Santa Cruz de Tenerife.
- ALBERTO, V. & J. VELASCO (2007). Espacios funerarios colectivos y colectivos en los espacios funerarios. *Tabona: Revista de Prehistoria y de Arqueología* 16: 219-249.
- ALBERTO, V. & J. VELASCO (2009). Manipulación del cadáver y práctica funeraria entre los antiguos canarios: la perspectiva osteoarqueológica. *Tabona. Revista de Prehistoria y de Arqueología* 18: 91-120.
- ALBERTO, V., T. DELGADO, J. VELASCO & J. SANTANA (2013-14). En la ambigüedad de tu piel. Sobre momias y tumbas. *Tabona. Revista de Prehistoria y de Arqueología* 20: 33-60.
- ALBERTO, V., T. DELGADO, A. BRITO & J. VELASCO (2018). The ritualized use of dogs: considerations about their role in the mortuary belief system of the ancient Canarians. *Extraordinary Word Congress on Mummy Studies. Athanatos*. 21-25 May 2018. Cabildo Insular de Tenerife. DOI:10.13140/RG.2.2.15358.28482
- ALBERTO, V., T. DELGADO, M.A. MORENO & J. VELASCO (2019a). La dimensión temporal y el fenómeno sepulcral entre los antiguos canarios. *Zephyrus* 84: 139-160. <http://dx.doi.org/10.14201/zephyrus201984139160>
- ALBERTO, V. T. DELGADO, J. SANTANA & J. VELASCO (2019b). Explorando la edad de los peligros: las momias infantiles conservadas en El Museo Canario. En M.E. Chávez, M.D. Camalich & D. Martín (coordinadores), *Un periplo docente e investigador. Estudios en homenaje al profesor Antonio Tejera Gaspar*, pp. 151-179. Servicio de Publicaciones Universidad de La Laguna. Tenerife.
- ARQUEOCANARIA (2009). Intervención en los enterramientos tumulares del Parque Arqueológico del Maipés de Agaete. *Boletín de Patrimonio Histórico del Cabildo de Gran Canaria* 7: 22-23.
- CAMPS, G. (1995). *Les Berbères: mémoire et identité*. Editions Errance, Paris.

- DEL PINO, M. & A. RODRÍGUEZ (2017). Propuesta para la clasificación de los materiales cerámicos de tradición aborigen de la isla de Gran Canaria (Islas Canarias). *Lucentum* 36: 9-31.
- DELGADO, T., V. ALBERTO, J. VELASCO & J. SANTANA (2017). La construcción del modelo cultural. El significado de los fardos funerarios y la conformación de identidad a partir de la momia. *XXII Coloquio de Historia Canario-Americana (2016)*, XXII-000. <http://coloquioscanariasamerica.casadecolon.com/index.php/aea/article/view/10076>
- DELGADO, T., V. ALBERTO & J. VELASCO (2018). Violence in paradise: Cranial trauma in the prehispanic population of Gran Canaria (Canary Islands). *American Journal of Physical Anthropology* 166(1): 70-83.
- DELGADO, T. (2019). *Arqueología de Gran Canaria. La construcción social del paisaje*. Pieza del mes, marzo 2019, El Museo Canario. Disponible en: <http://www.elmuseocanario.com/images/documentospdf/piezadelmes/2019/piezamarzo2019.pdf> [Consulta 09-05-2020].
- DYE, T.S. (2016). Long-term rhythms in the development of Hawaiian social stratification. *Journal of Archaeological Science* 71: 1-9.
- ESTÉVEZ, F. (1987). *Indigenismo, raza y evolución. El pensamiento antropológico canario (1750-1900)*. Ediciones del Cabildo Insular de Tenerife. Santa Cruz de Tenerife.
- FREGEL, R., A.C. ORDÓÑEZ, J. SANTANA, V.M. CABRERA, J. VELASCO, V. ALBERTO, M.A. MORENO, T. DELGADO, A. RODRÍGUEZ, J.C. HERNÁNDEZ, J. PAIS, R. GONZÁLEZ, J.M. LORENZO, C. FLORES, M.C. CRUZ, N. ÁLVAREZ, B. SHAPIRO, M. ARNAY & C.D. BUSTAMANTE (2019). Mitogenomes illuminate the origin and migration patterns of the indigenous people of the Canary Islands. *PloS one*, 14(3). <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0209125>
- HERNANDO, A. (2012). *La fantasía de la individualidad: sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Madrid: Katz Editores.
- ILAHIANE, H. (2017). *Historical dictionary of the Berbers (Imazighen)*. Rowman & Littlefield, Oxford.
- JIMÉNEZ, S. (1941). Embalsamamientos y enterramientos de los "canarios" y "guanches", pueblos aborígenes de las islas Canarias. *Revista de Historia* 55: 257-268.
- JIMÉNEZ, S. (1946). *Excavaciones Arqueológicas en Gran Canaria, del Plan Nacional de 1942, 1943 y 1944*. Informes y Memorias, núm. 11. Madrid.
- MORALES, J. (2019). *Los guardianes de las semillas. Origen y evolución de la agricultura en Gran Canaria*. Colección La Isla de los Canarios, 2. Ed. Cabildo Insular Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria.
- MORENO, M.A. & P. GONZÁLEZ (2013-14). Una perspectiva territorial al uso del suelo en la Gran Canaria prehistórica (siglos XI-XV). *Tabona. Revista de Prehistoria y de Arqueología* 20: 9-32.
- MORENO, M.A. (2020). Ingeniería indígena avanzada. En M.A. Moreno (Ed.), *El tiempo perdido. El relato arqueológico de la Tirajana indígena*, pp. 57-74. Tibicena Publicaciones. Cuadernos de Patrimonio Arqueológico Canario. Las Palmas de Gran Canaria.

- RODRÍGUEZ, A., J. MORALES, M. DEL PINO, Y. NARANJO, E. MARTÍN & M.C. GONZÁLEZ (2011-2012). Espacios de producción especializada, excedentes y estratificación social en la Gran Canaria Pre-europea. *Tabona* 19: 101-123.
- RONQUILLO, M. & A. VIÑA (2008). Pervivencias de rituales canarios tras la conquista bajomedieval en la documentación inquisitorial. En: P. Atoche, C. Rodríguez & M.A. Ramírez (Eds.), *Mummies and Science. World Mummies Research*, pp. 203-212. Proceedings of the VI World Congress on Mummy Studies. Santa Cruz de Tenerife.
- SANTANA, J., J. VELASCO, A. RODRÍGUEZ, M.D. GONZÁLEZ & T. DELGADO (2016). The paths of the European conquest of the Atlantic: Osteological evidence of warfare and violence in Gran Canaria (XV century). *International Journal of Osteoarchaeology* 26(5): 767-777.
- VELASCO, J. (2009). Nacer para morir. Algunas consideraciones sobre las estrategias de reproducción de los antiguos canarios. En V. Suárez, G. Trujillo & O. Domínguez (Eds.), *Nacimiento, matrimonio y muerte en Canarias*, pp. 215-260. Anroa Editores. Las Palmas de Gran Canaria.
- VELASCO, J. (2014). El tiempo de los antiguos canarios. *Boletín electrónico de Patrimonio Histórico* n° 2. Cabildo de Gran Canaria.
- VELASCO, J., T. DELGADO & V. ALBERTO (2018). Violence targeting children or violent society? Craniofacial injuries among the pre-Hispanic subadult population of Gran Canaria (Canary Islands). *International Journal of Osteoarchaeology* 28(4): 388-396. <https://doi.org/10.1002/oa.2662>
- VELASCO, J., V. ALBERTO, T. DELGADO, M.A. MORENO, C. LECUYER & P. RICHARDIN (2019). Poblamiento, colonización y primera historia de Canarias: El C14 como paradigma. *Anuario de Estudios Atlánticos* 66: 066-001, pp. 1-24. <http://anuariosatlanticos.casadecolon.com/index.php/aea/article/view/10530/9904>